

Ricardo Piglia/Emilio Renzi en la ciudad balnearia: escenas de exilio, invasión y productividad

Rosalía Baltar
Universidad Nacional de Mar del Plata-CELEHIS

La experiencia personal, escrita en un diario, está intervenida, a veces, por la historia, o la política, o la economía.

Ricardo Piglia

I

La villa balnearia, Mar del Plata, el refugio desde fines del siglo XIX de la elite porteña, fue sucesivamente adoptando una imagen asociada al veraneo, los baños de mar, los paseos por la rambla, hasta la “democratización del bienestar” (Torre y Pastoriza 2002), que propone el paso de un ocio aristocrático a uno democrático y un desplazamiento hacia la cristalizada “Ciudad Feliz”, título que denomina un mercado de las vacaciones. Ahora, bajo ese neón luminoso y desacompasado, bajo o al lado, ocurre otra ciudad y otras relaciones con el territorio, el tiempo y el cuerpo que, de algún modo traen pasados, en los que la visión de la playa y de la ciudad como atmósfera vacía contempla posibilidades tanto de productividad como de disvalor. En algún sentido la ciudad vacía se visualiza como premoderna, para decirlo con Alan Corbin. Por ejemplo, en la ciudad balnearia sucede el aluvión de la muchedumbre desordenada, de la que la subjetividad se pierde y distancia. El registro de la invasión de la multitud descentra esta mirada de disfrute del balneario y conforma una incómoda situación de propiedad privada invadida, saqueada, y, al mismo tiempo, consolida

cierta experiencia de la propiedad sobre algo ajeno. O, en la ciudad balnearia se impone la precariedad en tanto dispositivo rector de las relaciones y de los espacios materiales. O, por último, en la ciudad balnearia se espera, se hiberna, en un tipo de ocio que convierte el tiempo en escritura. En estas tres dimensiones de la experiencia del vacío aparece la política y lo político como elemento constitutivo de la ciudad balnearia.

II

En el tomo I de las *Memorias de Emilio Renzi. Los años de formación*, Ricardo Piglia (Adrogué, 1941 - Buenos Aires, 2017) relata la experiencia que, tras el golpe del 1955, atravesó su familia en Mar del Plata, ciudad que, para la década del 50, se había convertido en el balneario argentino por excelencia para las capas medias, “La ciudad feliz”. En este caso, las playas y la ciudad son diseñadas por la productividad de la mirada y por las afecciones de la política. En el exilio interno, personajes y espacios habitan un mundo fantasmagórico. Asistimos a la ciudad en forma muy sesgada, pero, en definitiva, otra ciudad, no la esperada. La otra cara de la moneda es el balneario del invierno y de la primavera, aquel escondido a las hordas turísticas, es la ciudad no de la excepción sino de la cotidianidad, no la ciudad finita de los tiempos vacacionales, sino la de la durabilidad. El narrador se mueve en un mundo desolado, las calles de la ciudad ventosa, los colectivos de línea, son restos que asoman de un sujeto que decide poner en primer plano aspectos relativos a lo que el título del volumen señala, su vía de aprendizaje hacia la toma de la palabra como escritor. Diríamos

que la ciudad balnearia de la *recreación* está vedada aquí por las condiciones del exilio y se opone a lo que da lugar en el exilio, esto es la *formación*.¹

El balneario es lo opuesto a la ciudad. Desde el inicio, el espacio urbano aparece presente a través de los lugares públicos en los que se conversa de literatura o de política. Diga “en el bar de Arenales y Riobamba” (15) o “la ciudad”, ya en forma situada ya abstracta, el mapa de “la ciudad” corresponde a Buenos Aires. Es decir, en el balneario hay recorridos del protagonista, pero no lugares que diseñen un croquis con contornos precisos de una ciudad, sólo los movimientos vagos de la subjetividad. Nuestro narrador afirma, al inicio, “Nos divierte lo que no conocemos; nos gusta lo que no sabemos para qué sirve” (15) como una sentencia que, llegado el momento de la mudanza intempestiva a la ciudad balnearia parece desdecirse. Tras esta afirmación, la configuración del espacio en un niño que no percibe con felicidad o emoción el traslado, sino como colapso de su vida diaria, tendrá el tratamiento de *lapsus* en el sentido de que en ese segmento temporal la dominante será el estado larval, de espera y preparación y también *lapsus*, acto fallido. La ciudad aparece entonces a través de “hechos mínimos” (17) como agujeritos en los visillos de una ventana que permiten vislumbrar ese exilio. La narración de esta experiencia puede ser erigida como testimonio modélico de otras formas de percibir la ciudad más allá de la consabida fórmula “ciudad feliz” y su narrador como testigo de un tiempo en la ciudad de Mar del Plata que se asoma como momentos de fuga en la prosa. “Testigo” en el sentido de testimonio que nos provee Agamben a partir de la etimología de *testis*, un tercero ajeno al conflicto, pero que,

¹ En *Trance* de Alan Pauls, se habla –en realidad, para desmontar una mitología asociada con la frivolidad que porta un balneario– de la categoría “Librería de balneario”, en la que, desde luego, encontrar algo que merezca la pena ser leído, es una anomalía.

por momentos, esa posición distanciada articula una comprensión participante que va más allá de una escena construida como autobiográfica (15-16); aquí el narrador será testigo, dará testimonio de una instancia preparatoria, que precede al tiempo en que su vida realmente comience. Desde esta perspectiva, el narrador es testigo de lo que todavía no es y de lo que aún no se puede decir. De hecho, la primera presencia de la ciudad balnearia en *Los años de formación* es en relación con el exilio del padre, que se impone como algo no previsto ni deseado:

Mi padre, dijo después, había estado casi un año preso porque salió a defender a Perón en el 55 y de golpe la historia argentina le parecía un complot tramado para destruirlo. Estaba acorralado y decidió escapar. En diciembre de 1957 abandonamos medio clandestinamente Adrogué y nos fuimos a vivir a Mar del Plata”. En esos días, en medio de la desbandada, en una de las habitaciones desmanteladas de la casa empecé a escribir un diario. ¿Qué buscaba? Negar la realidad, rechazar lo que venía (28).

Ambos personajes desplazan la palabra, el tiempo de las explicaciones: el padre no habla, sino después. El hijo, acorralado también por esta situación intempestiva, silencia la palabra, la niega mediante la escritura del diario. Y hay más: la madre, cercada por esta realidad, busca la alternativa, su respiración artificial, en la lectura continua y compulsiva de novelas. Dentro de las series que al principio del tomo diagraman posibles entradas para leerlo, hay un núcleo que comienza en virtud de las relaciones entre vida y política. El desplazamiento y, por tanto, el cambio abrupto, al que el narrador se resiste, se produce por la política. “En el inicio de la escritura, entonces, está la política” (Quintana 2017: 230). Esta situación arrastra al padre y a la familia. La madre “Está nerviosa, sale poco, sufre pero jamás se queja. Su mundo se vino abajo (sus hermanas, sus amigas), pero viajó con papá por

“solidaridad” más que por otra cosa. (“No iba a dejar solo a este *pelafustán*”) (34). En el sustantivo *pelafustán* aparece toda la contrariedad que le provoca la situación al personaje. Incluso ya ha habido situaciones de exilio a Mar del Plata en la familia de la madre: “Pero en este caso mi tío Toño fue expulsado, digamos así, de la tribu y ayudado por mis padres, se mudó a Mar del Plata, solo y perseguido o despreciado por el núcleo duro de la familia Maggi” (128). Es decir, aquí las huidas y los refugios en la ciudad balnearia son expresiones de lo político en tanto regímenes políticos de subjetividades.

Entonces, así como la ciudad no será un lugar deseado ni elegido y se presenta como el resultado de una huida/expulsión, sin querer se transforma en un refugio y, en el caso del escritor, en un asilo productivo, de lectura y escritura:

Me veo a mí mismo, sentado en el piso del corredor de la casa desmontada, días antes de dejar Adrogué para ir a vivir a Mar del Plata. Tengo un cuaderno y escribo ahí la primera entrada de este diario (269).

La casa tiene dos plantas, abajo está el consultorio, al frente la sala de espera, a un costado hay un salón que da a la calle, dos dormitorios, la cocina y un patio. Arriba está mi cuarto y una sala, una cocinita y una terraza. Me instalé ahí y subí los pocos libros que traje. La ventana de mi cuarto da sobre las flores azules del jacarandá que está en la vereda. Podría irme por las ramas, en caso de apuro (34).

III

Hay un registro del horror a las vacaciones de los otros. Esto apunta a una lógica transversal que ataca una situación de clase o de formas de habitar el espacio urbano. Ese terror espantado remite a una visión superpuesta de la forma de percibir el mar y la ribera. Para Alan Corbin, el espacio de la playa medieval o bien hasta que una ribera es construida como

lugar de ocio o de salud es un lugar de horror a esa masa móvil que se sostiene en la nada y que, como señalaba todavía Diderot era una fuerza ingente cuyos difusos límites estaban por estallar y matar. El mar como una fuerza mortífera e inmanejable en su informidad. Esa sensación premoderna pareciera perdida en la modernidad, en especial cuando se instalan los baños de mar, las vacaciones programadas, el ocio. Es decir, habría una percepción progresiva del mar de aceptación y conocimiento. Sin embargo, el mar propone un enigma indescifrable y de una oscuridad penetrante que pesa sobre las formas del ocio en los balnearios modernos. Con la modernidad vuelve un horror desplazado, que se superpone a esa modalidad organizada de las vacaciones y se resumiría utilizando un concepto de Romero, precisamente, en un horror por lo aluvial.²

La experiencia de la ciudad se caracteriza por una espera monocorde, marcada por algunas repeticiones que adormecen el presente para poder tragar, pasar. Casi diría que la presencia del sujeto en la ciudad es una presencia de hibernación: como un oso, duerme, mientras espera el tiempo en el que pueda decirse escritor o pueda vivir solo, en La Plata. Es que el traslado ha comportado una pérdida, tal como señala Didi-Huberman:

empezamos a comprender que cada cosa por ver, por más quieta, por más neutra que sea su apariencia, se vuelve *ineluctable* cuando la sostiene una pérdida –aunque sea por medio de una simple pero apremiante asociación de ideas o de un juego de lenguaje– y desde allí, nos mira, nos concierne, nos asedia” (2017: 16).

² Hemos observado esta impresión frente a lo informe en Quino, Alan Pauls. Para un análisis bien productivo al tema de lo que miramos que nos mira, cfr. George Didi-Huberman.

Ahora bien, hay una forma, sin embargo, de vivir la ciudad que se asoma con cuentagotas a través de algunos hitos como la conversación, los cafés, el bar, la lectura, los libros, la playa, el mar, los hoteles, la biblioteca, el cine. Podríamos recorrer la ciudad aquella –hoy desaparecida– por los puntos que van diagramando un mapa que se contradice o se opone al imaginario de la ciudad balnearia y, por lo tanto, no es una ciudad turística, sino vivida, en su repetición, su aburrimiento, su color gris invernal. Y en ese contacto con el lado oscuro, el no publicitado de la ciudad, el narrador asume el punto de vista de los lugareños, desdoblándose. Porque no se ve nunca perteneciendo al lugar y al mismo tiempo comparte esa visión del otro, ya que no son, ni él ni sus padres, precisamente, turistas, que vuelven a involucrarse desde la política, a veces macro, otras micro y entonces la experiencia de la invasión, de lo aluvial. En el relato intercalado “El narrador”, advertimos el ideal de la cotidianidad en la ciudad balnearia, una ciudad vacía y con posibilidades de ser como el mar, solitaria y cambiante:

Me dicen el Polaco porque tengo los ojos azules y el pelo rubio, casi blanco; duermo en cualquier lado y vivo de lo que encuentro en el mar. Llego a la playa muy temprano y busco una zona tranquila, entre los médanos, del otro lado del espigón largo, al costado del puerto. Desde aquí vigilo toda la costa y puedo ver el barco hundido en la salida de la bahía. Está a unos tres kilómetros mar adentro, cerca de las últimas rompientes, escorado sobre un banco de arena. [...] Todo está en suspenso y estoy a la espera. Primero vinieron los buzos, después van a venir los turistas y no va a quedar nada (161).

“Después van a venir los turistas y no va a quedar nada” (161). Me preguntaría qué es lo que hay, qué es lo que no va a quedar y se trata de un sentimiento de propiedad otorgado

por el vacío, por la apropiación del espacio en soledad: “Treinta mil idiotas y canallas turistas dando vuelta por la calle San Martín, es más fácil cruzar por el mar a nado y salir a una calle donde no haya nadie” (56). El narrador, por ejemplo, está recordando un día en que fue a nadar a la playa vacía... El vacío es lo lleno, lo no acontecido es lo fundamental. Es interesante la relación entre volumen y vacío que plantea el análisis de la descripción del mar en Joyce por parte de Didi-Huberman y el concepto de “la huella de una semejanza perdida” para pensar en qué es lo que interpela de esa ciudad de Piglia, en la que el narrador camina o toma el colectivo, y no registra ninguna alteración, es un simple discurrir exterior:

Noviembre 2, 1959

Vamos al mar cuando todavía no empezó el verano; no hay como el fin de la primavera, cuando los días oscuros del invierno se han ido y la playa está vacía. Voy siempre a la Perla, sigo Independencia derecho hasta la costa. Me hice amigo de Roque, un ex bañero, un guardavida jubilado que sigue viniendo a la playa y vigila que nadie corra peligro [...] Cuida un hotel vacío, que está en la loma, frente al parque, un gran edificio pintado de azul: Hotel del Mar [...] hay cuartos y cuartos desocupados a lo largo de un pasillo. Él duerme en distintas camas, así, según dice, mantiene las piezas aireadas (45).

Por otro lado, la invasión turística se opone a la visita. Lo “extranjero”, podríamos decir, la visita individual permite un movimiento; las primas, la chica de la playa, el brujo que consulta la madre se vuelven materia de narración para los tiempos en los que en la ciudad balnearia domina el viento y la vida cotidiana. Lo aluvial es inhumano, no permite la individuación, el diálogo, la experiencia. No obstante, esta invasión es lo que produce un sentido de propiedad (la ciudad) que no se percibe como propia. Los turistas invaden las

playas que, por ello, este habitante de “todo el año” de la ciudad, sin sentirla propia, de ella se hace dueño.

Luego, en la escuela, la política se vuelve parte de la atmósfera y, en especial, da cuenta sesgadamente de universos vacíos que se llenan con la atmósfera de la política. La narración escenifica los dos tiempos de la política como vidriera y espectáculo, y la política como constante de incomunicación, tensión, disrupción en la vida cotidiana:

Eisenhower llegó de visita a Mar del Plata, junto con el ex-nacionalista Frondizi. Sólo los vi de espaldas, de pie los dos en el auto descapotado, muchos policías, gente en las veredas, banderitas. Vi un coche con dos hombres parados en el medio y siempre sonriendo, como si terminaran de hacer un chiste (56).



Así, la política también vuelve a establecer rupturas en la comunicación o presencia ominosa del mal, en un registro adelgazado por el verano publicitario marplatense. Al mismo

tiempo, la vida cotidiana adquiere un espesor nacional, una percepción uniforme de la infelicidad: la huelga, el paro, la toma del colegio; el registro de la ciudad se ralea con huelgas de correo –que imposibilitan la comunicación de los personajes con el exterior– y tomas estudiantiles.

IV

Al final, en ese exilio se encontraron el deseo de ser escritor y el ejercicio de ser lector, en la articulación doble de la visita al mar y a la biblioteca:

He venido a Mar del Plata a visitar a mi madre. Paso las mañanas en el mar y las tardes en la Biblioteca Municipal. El reloj con grandes números romanos sigue ahí, la quieta felicidad de este ámbito que sostuvo en la busca delirante de un mundo en el que me había instalado por decisión propia. Uno “decide” ser un escritor y luego se las arregla solo para llegar a ser lo que ha dicho que era. Esta biblioteca, muy buena, fundada por los socialistas que amaban la cultura –y de los que uno se ríe–, en la que encuentro todo lo que busco, es decir, encuentro lo que necesitaba cuando tenía diecisiete o dieciocho años y leía dos o tres libros por día (271).

Es impresionante comprobar que yo decidí mi destino ciegamente en esos dos años (1958-1959), aquí en este cuarto con una ventana que da a las ramas del jacarandá plantado, antes de que yo naciera, en la vereda. Impresionante recordar –ya que hablamos de destino– la importancia de la casualidad (213).

Como dice Pauls, la literatura es totalmente incompatible con la playa, de allí la convivencia desdoblada entre el baño de mar y la inmersión en la lectura. Y, por otro lado, en los tiempos de la ciudad balnearia no hay palabra sino escritura de un diario –ensayo de

escritura– y lectura devoradora: una preparatoria privada que anticipa los tiempos del escritor en “la ciudad”.

Referencias bibliográficas

- Agamben, Giorgio (2005). *Lo que queda de Auschwitz. El archivo y el testigo. Homo Sacer III*. Valencia: Editorial Pre-textos.
- Didi-Huberman, Georges (2002). *Lo que vemos lo que nos mira*. Madrid: Manantial.
- Pauls, Alan (2018). *Trance*. Buenos Aires: Ediciones Ampersand.
- Piglia, Ricardo (2015). *Memorias de Emilio Renzi. Años de formación*. Buenos Aires: Anagrama.
- Quintana, Isabel (2017). “Los años de formación: literatura y vida”. *Revista Landa*. Volumen 5, n° 2, 229-239.
- Romero, José Luis (1956) [2001]. *Las ideas políticas en Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. Colección Popular, tomo n° 527.
- Torre, Juan Carlos y Pastoriza, Elisa (2002). “La democratización del bienestar”. En *Nueva historia argentina*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana. Tomo VIII. 257-313.
- Fotos viejas de Mar del Plata*. <http://fotosviejasdemardelplata.blogspot.com/2017/05/dwight-eisenhower-en-mar-del-plata.html>